

El instinto de la vida eterna.

Consulta

Felipe Santos, SDB

¡La vida! ¿Que puede haber mas valioso que la vida? ¿Pero puede ser que mi vida se corte, así como se termina la vida de una flor en el campo? Ella surgió de la inexistencia, floreció... y se marchitó. Y ya no está más. Pero la flor no razona y no tiene deseos de la inmortalidad. El hombre — es algo más grande que una flor en el campo. Yo pienso, y siento — significa que yo soy, existo. Busco el sentido en todo. Busco también el objetivo de mi vida.

Yo surgí de la inexistencia. Yo entré en el mundo circundante. Se abrieron mis ojos, se abrió mi razonamiento. Observando el mundo alrededor, yo con eso mismo, con mi razón es como que me elevé por sobre él. Yo supe, que el hombre es algo superior a todo lo demás que existe en el mundo. ¿Dónde está el límite al "yo" humano? El pensamiento del hombre penetra en la extensión del cosmos y en la profundidad del átomo, en todos los misterios de la naturaleza. La voluntad del hombre puede cambiar la faz de la tierra. Mi "yo" se eleva

sobre el mundo y se reconoce como imagen y semejanza del Superior Intelecto Creativo, que da las leyes al Universo. No hay límites al "yo" humano. Pero he aquí que llega la muerte y declara: "¡No! ¡Hay límite! Tu "yo" está encerrado en tu cuerpo. Y el cuerpo envejece y muere." Y con ninguna insinuación de los médicos, como la de que en el futuro la ciencia les ayudará a prolongar la vida, se puede tranquilizar al hombre, si de todas formas tendrá que morir. Si la muerte es inevitable, ¿de qué vale alargar la vida que se apaga por unos cuantos seniles deplorables años?

¡Tristes consoladores sois vosotros! Esto es lo único que puedo decir a todos aquellos que quieren acunarme, esperanzándome, como a un pequeñuelo, que el señor doctor alargará un poco más mi vida.

Mi cuerpo vive según las leyes inexorables, pero mi "yo" no quiere someterse a estas leyes. Quiere **sobreelevarse** sobre estas leyes y superarlas. Quiere vivir... vivir... vivir... eternamente. Y ninguno de aquellos que me prometen vivir en la memoria de mis descendientes, o algunos avejentados años mas como propina al plazo que me ha sido establecido, me tranquilizará ni me dará

consolación y no cambiará nada en mi suerte porque yo sé firmemente, que voy a morir. Mi cuerpo se descompondrá en los elementos químicos que lo componen y dentro de algún tiempo crecerá de él un lampazo, como lo señaló con precisión Basarov, el personaje de la obra de Turgenev.

Cada uno quiere vivir, quiere vivir siempre. Y solo un hombre terriblemente cansado y atormentado puede declarar, que él preferiría morir. Pero, esto él no lo dirá no por causa de la pérdida del instinto de la vida, sino, por causa de grandes sufrimientos o pesares. Pero aun ante grandes sufrimientos, y ante una profunda decrepitud no cualquiera deseará morir. Y muchos dirán: es mejor sufrir, que desaparecer completamente, ir a una completa inexistencia. Pues normalmente cada persona desea vivir siempre y no establece plazo para su muerte. Y aquí yo veo y encuentro un cierto instinto indestructible, tan sabio, biológicamente racional, como todo lo que caracteriza el mundo entero que me rodea.

En el mundo no hay irracionalidad en las tendencias orgánicas. En el organismo no hay instintos irracionales. Todos mis instintos biológicos y espirituales, mis necesidades,

siempre son oportunos, condicionados por algo y dirigidos hacia algo.

Y si yo siento dentro de mí la sed de vivir, sed de vida Eterna, entonces yo debo prestar atención a la voz de este instinto y presentar delante de mí la pregunta: ¿Cuánto tiene de veraz este instinto de anhelar la vida Eterna, hasta que punto es estipulado por el general transcurrir de la vida del mundo, hasta que punto es útil, y hasta que punto es real? ¡La inmortalidad! ¿Pero es posible ella? Existe una inexplicable e inalcanzable Intelecto Creador, el que como que llena con sí todo el Universo, y le da leyes y sentido. Todo fluye, todo cambia, pero Él es invariable sobre todo este turbulento océano de la existencia.

Todo surge a la existencia y nuevamente se va a la inexistencia, surge y se aniquila. En medio del hirviente océano de la vida, que no tiene fronteras ni en el tiempo, ni en extensión, una vez, en algún momento dado surgió un punto, se inflamó una chispa. Eso era mi vida. ¿Para qué se encendió ella? ¿Acaso solo para encenderse y después de eso nuevamente apagarse, desaparecer en este océano, en el cual no hay nada eterno, donde todo surge y

todo se aniquila y solo es eterno el Intelecto Creativo, que lo creó?

En el océano de la vida todo es inteligente, pero casi todo es inconsciente. Solo el hombre es inteligente y no quiere vivir ciegamente, según las leyes de lo indispensable, sino, quiere saber, porqué y para qué vive él. Él tiene sed de libertad, quiere vencer la muerte y afirmarse a sí mismo, a su "yo" para siempre. Y solo entonces, lo sabe él, desaparecerá la insensatez de la vida y el miedo ante la muerte.

Mi cuerpo vive y muere. En él algo siempre surge y algo se aniquila. A semejanza de cómo sucede en toda la naturaleza. Las células nacen y mueren. ¿Pero mi "yo?" ¿Queda sin cambiar? ¿Pudiera ser que mi "yo" después de la muerte renazca de nuevo en una nueva vida? ¿Puede él quedarse en la existencia para siempre, o sea volverse inmortal?

Yo quiero vivir eternamente, de la misma forma como es eterno el Intelecto, que creó el Universo. Yo me siento imagen y semejanza de este Intelecto y por eso quiero ser igual de eterno como lo es Él. Yo quiero vivir eternamente. Y aquí yo escucho no solo la voz de mi inteligencia, sino también la voz de mi indestructible instinto de vida.

Yo quiero vivir eternamente y creo en la posibilidad de esta vida Eterna. Creo en que si el hombre es imagen y semejanza del Gran Intelecto Creativo, entonces sobre él deberá estar el sello de la inmortalidad. Es eterno aquello en lo que se refleja el Único e Inmortal. Es inmortal — por la fuerza de la unidad con este Intelecto Inmortal, por la fuerza de la presencia de Su imagen y semejanza.

Desde aquel tiempo, que en la tierra apareció el primer hombre, la instintiva sed de vida, la aspiración de conservarla, propia a todos los seres vivos, se transformó en una ambición inteligente, en la sed de conservar la vida para siempre, en la sensata, reflexionada tendencia hacia la vida Eterna, a la conservación de su "yo" de la muerte.

En los tiempos anteriores al cristianismo en las religiones paganas esta despertada tendencia todavía no había sido verdaderamente entendida, no era accesible para la comprensión filosófica. Solo después que la idea de la vida Eterna fue considerada y basada teóricamente en el Evangelio, y confirmada por el acto de la Resurrección de Cristo, — solo después de esto ella se volvió gobernante de los pensamientos del hombre. Con esperanza

en la futura resurrección las naciones mas desarrolladas viven ya durante casi dos mil años. La prédica sobre la vida eterna se desparramó en todos los continentes.

¿Porque se extendió tan exitosamente por toda la faz de la tierra esta prédica de la Resurrección y de la vida Eterna? ¿Porque entró tan fuertemente en los pensamientos, en los sentimientos de la humanidad? ¿Acaso no será porque era consonante con aquellas tendencias instintivas, que ya biológicamente estaban anteproyectados por el Creador para el ser viviente en su superior estado de desarrollo — para el hombre? ¿Acaso no será porque esta prédica da respuesta a las más elevadas preguntas de la mente humana? La prédica de Cristo acerca de la vida Eterna responde a todas las superiores demandas del espíritu humano, a la instintiva tendencia del hombre a conservar su vida para siempre. Esta es la razón porque la humanidad la guarda tan cuidadosamente ya hace dos milenios.